

Asociacionismo inmigrante y modos de incorporación a la sociedad receptora: el caso peruano

María Asunción Merino*

Resumen: Uno de los temas de mayor interés en el estudio del fenómeno migratorio es el de la incorporación del inmigrante a la sociedad receptora. Este artículo analiza las formas de incorporación que articulan los inmigrantes peruanos en torno a sus prácticas asociativas religiosas en Madrid, en el marco del renovado interés por la asimilación como instrumento conceptual. Si los actuales estudios migratorios advierten sobre la visión homogeneizadora de la sociedad receptora, también resulta necesario analizar las comunidades inmigrantes desde su diversidad interna y desde sus prácticas asociativas premigratorias. Esto facilita uno de los objetivos planteados por los revisionistas de la asimilación: la consideración de grados y ámbitos en los que emergen similitudes o persisten diferencias culturales.

Summary: *Immigrant Associations and modes of incorporation into the host society: the Peruvian case*

One of the most interesting aspects of migration is the incorporation of the immigrant into the host society. This article analyses the forms of incorporation experienced by Peruvian immigrants in Madrid in connection with their associative religious practices, in the context of renewed interest in assimilation as a conceptual tool. If current studies in migration point to the homogenising vision of the host society, it is also necessary to analyse the immigrant communities from the point of view of their internal diversity and their associative practices pre migration. This fulfils one of the aims of the revisionists of assimilation: the consideration of degrees and contexts in which cultural similarities emerge or in which cultural differences persist.

Palabras clave: Asociacionismo inmigrante. Modos de incorporación, asimilación, inmigración peruana, diferencia cultural.

Keywords: Immigrant associations. Models of incorporation. Assimilation. Peruvian immigration. Cultural difference.

* Departamento Historia de América. Centro de Humanidades. Consejo Superior de Investigaciones Científicas

EL PAPEL DE LAS ASOCIACIONES EN LA INCORPORACIÓN DEL INMIGRANTE EN LA SOCIEDAD RECEPTORA

Los factores que impulsan y conforman las asociaciones de los inmigrantes se hallan vinculados al proceso migratorio, tanto en el pasado, a finales del siglo XIX y principios del XX (Molla, 2005), como en la actualidad (Castles y Miller, 1994; Layton-Henry, 1990). A lo largo del proceso de incorporación de los inmigrantes en las sociedades receptoras, la creación de asociaciones guarda relación con la decisión, más o menos consciente, de asentarse en el nuevo destino, hacerse un espacio y construir, expresar y mantener una nueva identidad colectiva (Castles y Miller, 1994; Schrover y Vermeulen, 2005).

El principal impulso de creación de las asociaciones voluntarias de inmigrantes, a fines del XIX y principios del XX, había surgido en un contexto donde ni las instituciones tradicionales de parentesco o locales, ni otras nuevas tales como el estado del bienestar, las compañías de seguros o las corporaciones, podían cubrir las necesidades sociales (de cuidado de la salud, de ocio o compañía) del grupo que se asentaba. En tanto que la migración “tiende a intensificar las identidades colectivas basadas en construcciones nacionales o étnicas, y en la medida en que este tipo de asociaciones dependen de, y articulan, identidades o intereses colectivos, apenas sorprende que la migración estimule su formación” (Moya, 2005: 840).

Con el incremento de la presencia migratoria en las sociedades europeas contemporáneas desde la década de los cincuenta, las prácticas asociativas de los inmigrantes se han generado y diversificado bajo el impacto de factores tales como la reunificación familiar, el reforzamiento de los controles de entrada y el crecimiento de la segunda generación: mientras persiste su interés en el país de origen y en el mantenimiento de su idioma, religión y cultura, los inmigrantes se ven forzados a satisfacer las necesidades de una comunidad establecida y en expansión, más asentada y que establece cada vez más lazos con la sociedad de acogida (Layton-Henry, 1990).

Las asociaciones de inmigrantes sustentan, junto al resto de sus instituciones, la formación de la comunidad étnica, a partir de su constitución en la forma de redes informales de naturaleza comunitaria que los integra en una sociedad mayor y les ayuda a definir su identidad (Castles y Miller, 1994; Rex y Josephides, 1987a). Este tipo de entidades facilitan a los inmigrantes la superación de su aislamiento social, les ayuda a resolver sus problemas materiales y personales, combina la defensa de los intereses en conflicto del grupo y su negociación con la sociedad así como mantienen y desarrollan patrones compartidos de significado o sentido, algo en lo que coinciden con los grupos familiares o de amistad (1987b).

En la comparación entre las migraciones históricas y las que acontecen desde los años cincuenta en adelante, una de las diferencias que se perciben es la actual presencia -cada vez mayor- del estado, no sólo en la creación de asociaciones de inmigrantes sino también en los procesos y tendencias teóricas que tienen lugar en el ámbito académico (Moya, 2005: 857). No resulta extraño, pues, que la mayoría de los trabajos sobre asociacionismo inmigrante se centre en aquellas de naturaleza política y asistencial aunque no sean precisamente las que mayor acogida tienen entre los propios inmigrantes (Moya, 2005) (para el caso español: Pérez, 1997 y Veredas, 2003).

Como tampoco resulta sorprendente que, desde hace más de dos décadas, los estudios migratorios analicen el asociacionismo inmigrante desde la preocupación por su papel en la “integración y participación” de los recién llegados en la sociedad receptora (Schrover y

Vermeulen, 2005)¹. Es precisamente la integración uno de los pilares de las políticas migratorias de los estados europeos tanto en el ámbito comunitario (Geddes, 2000) como en el nacional (por nombrar algunos, Francia (Kubat 1993), Inglaterra (Layton-Henry, 1989), Alemania (Hoskin y Fitzgerald, 1989) y España (Merino, 2002a)). Para los gobiernos y la opinión pública de los estados europeos, la formación de las comunidades de inmigrantes en las sociedades receptoras –y de las asociaciones que las sustentan– resulta un obstáculo a su integración (Castles y Miller, 1994:33) ¿es que integración es sinónimo de asimilación?

A mediados de los ochenta, el debate que surgía en torno al asociacionismo inmigrante en la revista *International Migration Review* (XIX (3) 1985) revela el interés académico y político por dilucidar si este tipo de entidades facilitan o dificultan la asimilación de los inmigrantes, algo que Moya (2005) no se plantea en su trabajo sobre el asociacionismo inmigrante de épocas pasadas. En general los autores de ese monográfico coinciden en señalar que las asociaciones culturales, en la medida en que defienden los valores de la sociedad de origen representan un obstáculo a su integración. Para algunos investigadores, son una señal de segregación en tanto que no estimulan los vínculos con los miembros de la sociedad receptora y con ello obstaculizan la asimilación a los valores de la sociedad de destino. Para otros, estas organizaciones funcionan como instituciones sociales intermedias que facilitan la integración al crear un equilibrio entre intereses diferentes, ya que no resulta fácil la coincidencia entre las necesidades y expectativas individuales, por un lado, y las normas, valores e intereses de la sociedad en su conjunto.

En cualquier caso, la respuesta parece compleja, depende del tipo de asociaciones y sus actividades. En opinión de Schoeneberg (1985) y Layton-Henry (1990) si por un lado facilitan la integración de los inmigrantes como instituciones intermedias, por otro, su interés por tratar de mantener sus tradiciones culturales de origen resulta una contradicción. En definitiva, son percibidas como entidades de funcionamiento paradójico, a pesar de que se pueda afirmar que incluso las que supuestamente preservan la identidad cultural lleguen a establecer un vínculo más cercano con las instituciones de la sociedad receptora (Layton-Henry, 1990).

Una manera de resolver esta aparente contradicción en el camino hacia la integración de las comunidades de inmigrantes, se plantea desde el multiculturalismo, donde se considera la viabilidad de mantener las diferencias culturales en el dominio privado, en el ámbito de lo familiar y para temas de religión o moral. De este modo, las comunidades puedan perseguir el doble objetivo de la participación de los inmigrantes, igualitaria y plena, en las instituciones de la sociedad de acogida y el mantenimiento de su cultura en el dominio privado; aunque las cuestiones culturales que afectasen al dominio público habrían de ser negociadas (Rex, 1987b).

Otra de las interpretaciones a este aparente papel contradictorio de las asociaciones de inmigrantes –sustentador de una identidad diferente y facilitador de la integración de sus miembros– se encuentra en la discriminación que sufre el inmigrante (de países en vías de desarrollo, en las sociedades europeas). Su cultura no sólo resulta fundamental para ellos como fuente de identidad –algo que se podría afirmar respecto a las asociaciones que creaban los emigrantes a fines del siglo XIX y principios del XX–, sino que se explica a partir de la exclusión que sufren los recién llegados.; en un contexto donde se les infravalora, les ayuda a mantener su propia autoestima. La formación de comunidades resulta para ellos una forma de afrontar y mejorar su desventajosa situación de partida y protegerse ante la segregación de la sociedad receptora (Castles y Miller, 1994).

En esta preocupación en torno al papel de las asociaciones que crean los inmigrantes (de los países en vías de desarrollo en Europa) –si obstaculizan o facilitan su integración- se incluyen implícitamente la cuestión de la distancia cultural entre los inmigrantes y la sociedad receptora. A este respecto, el enfoque de análisis ha oscilado desde la postura asimilacionista a la del multiculturalismo, en ocasiones ubicándolas en una polaridad insalvable (Gans 1997). Desde la década de los noventa el concepto de asimilación ha comenzado a ser revisado desde el punto de vista normativo, tanto en Estados Unidos como en Europa (Brubaker 2001).

En lo que respecta a su revisión normativa el concepto “asimilar” se aleja de su significado transitivo y orgánico de “absorber”, con un sentido final y se aproxima al intransitivo de “asemejarse” o “convertirse en similar” como una cuestión en proceso y de grado. De este modo se distancia de la visión asimilacionista, como destino ideal y único de un inmigrante concebido como un sujeto pasivo (Brubaker 2001) y en cambio se percibe la asimilación como un proceso -en el que el inmigrante es agente- e incluso se muestra ambiguo en cuanto a sus resultados; si algunas formas de asimilación (socioeconómica o lingüística) son deseables (Zhou 1997), otras (la primera etapa de la aculturación) pueden resultar paradójicamente contraproducentes (Rumbaut 1997).

Desde el punto de vista empírico se enfatiza la naturaleza dinámica de la incorporación del inmigrante como un proceso multidimensional y se abre la posibilidad de considerar grados y ámbitos en los que emergen similitudes y/o persisten las diferencias (Brubaker 2001). Uno de los giros más consensuados es la consideración de unidades heterogéneas de análisis, al menos en lo que respecta a la sociedad receptora (Brubaker 2001): una de las mayores críticas al legado de Milton Gordon (1964) es su visión homogeneizadora de la sociedad norteamericana (Alba y Nee 1997).

En esta misma línea, algunos trabajos incorporan la estratificación existente en la sociedad receptora y sus efectos en la inserción socioeconómica del inmigrante planteando lo que denominan “asimilación segmentada” (Zhou 1997): considera el resultado de este proceso en tres direcciones, concibiendo una tipología que en ocasiones puede resultar demasiado estructurada (De Wind y Kasinitz 1997:1103).

Una cuestión a menudo frecuente en los estudios migratorios contemporáneos, al considerar los factores que conforman el asociacionismo inmigrante es el desconocimiento del contexto de partida, en este caso, las prácticas asociativas premigratorias (Moya 2005). La otra cuestión, al menos en los trabajos que recuperan la asimilación como instrumento conceptual, es la carencia de análisis que informen de la diversidad socioeconómica y cultural de las comunidades inmigrantes. La consideración de las diferencias internas de la comunidad y las continuidades latentes de sus prácticas asociativas, junto al contexto de recepción, permiten informar de modo más preciso sobre los diferentes ámbitos y grados en los que la incorporación acontece.

Es desde esta perspectiva que el presente artículo analiza las prácticas asociativas religiosas de los inmigrantes peruanos en Madrid. A partir de la historia de un miembro de la hermandad del Señor de los Milagros ubicada en la Iglesia de San Romualdo, la más prestigiosa de las tres que hay en Madrid, el objetivo es mostrar cómo se multiplican y manejan los códigos dentro de estos espacios sociales que los peruanos han creado y en los que participan. Este tipo de asociaciones religiosas y de ocio, es uno de los lugares donde se expresa el juego de identificaciones entre los miembros y en su relación con las instituciones de la sociedad receptora.

En la práctica, esta multiplicidad de códigos que se despliegan en el juego de identificaciones en el que los inmigrantes peruanos participan dentro de las hermandades,

se escapan a una clasificación del tipo una nacionalidad u otra (Gupta y Ferguson 1997) en la medida en que lo nacional es una categoría latente que articula las prácticas asociativas pero que se combina con otras universales y locales, conformando una amplia gama de roles y posicionamientos que hacen difícil su estudio si se ha de plantear en los términos excluyente de retención cultural o de absorción a la nueva cultura.

LA INCORPORACIÓN DE LOS INMIGRANTES PERUANOS EN MADRID

Aquí vamos a considerar la historia de Anita, inmigrante peruana, que previamente emigró a Lima y que, a su llegada a España se incorporó a una de las hermandades; es la historia de muchos de los hermanos limeños que forman parte de las tres entidades creadas en Madrid. Anita es la Jefa del Grupo de Damas de la Hermandad del Señor de los Milagros ubicada en la parroquia de San Romualdo en el distrito madrileño de Ciudad Lineal (en adelante HSM de San Romualdo).

La HSM de San Romualdo se funda en 1994, bajo el impulso de un grupo de profesionales y empresarios peruanos vinculados, desde la década de los ochenta, a la embajada y al consulado peruanos en Madrid. Desde 1992 otro grupo de connacionales se reunía de manera informal para adorar a la misma imagen en la iglesia de María Inmaculada; en 1995, se crearía otra Hermandad del Señor de los Milagros en la parroquia de Santa María a las afueras de Madrid, en Majadahonda.

De las tres hermandades, la HSM de San Romualdo es la de mayor prestigio y reconocimiento por parte de las autoridades consulares, de las demás asociaciones peruanas y del conjunto de la comunidad. Al igual que en las otras dos, los hermanos de la HSM de San Romualdo la fundan con el fin de rendir culto al Señor de los Milagros y para la ayuda mutua entre sus miembros. En Perú, la veneración a la imagen del Señor de los Milagros se remonta a finales del siglo XVII, y la constitución de la primera y más prestigiosa hermandad en Perú, a finales del XIX: la HSM de las Nazarenas de Lima. Durante el siglo XX proliferan las hermandades en el contexto de la migración interna de la sierra y la costa hacia la capital (Merino 2002b). La hermandad de las Nazarenas es un referente para las que se han creado en Lima y en Madrid: de ella todas las de Madrid han copiado sus estatutos y a ella le han pedido una copia de la imagen original que se conserva en la iglesia donde se ubican. Al igual que la de las Nazarenas de Lima -y que toda hermandad peruana o española- la HSM de San Romualdo de Madrid se organiza en cuadrillas de cargadores (que cargan la imagen del Señor de los Milagros durante la procesión) a las que se suma el Grupo de Damas (que cantan y sahúman durante el momento procesional), además, las de Madrid se han ubicado en una parroquia que ofrecía servicios asistenciales a los inmigrantes peruanos y han incluido al párroco principal de la iglesia en su directiva.

La hermandad de San Romualdo cuenta con el apoyo y el reconocimiento tanto de las autoridades consulares como de las asociaciones peruanas, culturales, folclóricas y deportivas creadas en Madrid antes y después de su fundación: Casa Perú, Leganex, Llaqta Perú, Todas las Sangres y los clubes de fútbol peruanos. Las relaciones entre estos espacios se dinamiza por la devoción que los peruanos sienten hacia el Señor de los Milagros, una imagen que convoca una gran cantidad de seguidores el día de la procesión, tanto en Lima como en Madrid. La imagen invoca el común sentimiento religioso peruano y es una forma de dignificación de su cultura (Merino 2002b).

El número de hermanos y hermanas en la HSM de San Romualdo –como en las otras hermandades- es bajo si se compara con el conjunto del colectivo. Si en septiembre del 2005 hay 35.937 inmigrantes peruanos con permiso de residencia en la Comunidad de Madrid (MTAS 2005) (sin incluir a los ya nacionalizados), en la hermandad suman hasta doscientos hermanos, cuarenta por cuadrilla (cinco en total, incluyendo el Grupo de Damas), entre inscritos y participantes en la procesión en el año 2004 (Entrevista al capataz de la Segunda Cuadrilla, julio 2003). A esto se podría incluir a los seguidores que acuden a la procesión y a las actividades de las cuadrillas hasta llegar a unos mil participantes. En las demás hermandades las cifras son inferiores. En cualquier caso la acogida y participación en estas entidades es mucho mayor que la de las asociaciones peruanas asistenciales y políticas como ARIPerú o Inkarry (Merino 2002a) y, a pesar de ello, ejemplifican uno de los modos de incorporación colectiva de los inmigrantes peruanos en Madrid.

Tanto los miembros de la HSM de San Romualdo, como los que participan en sus actividades religiosas y sociales, son inmigrantes peruanos quienes, como en el caso de Anita, o emigraron previamente a Lima cuando eran jóvenes² o son descendientes de esa migración interna andina y costera; los protagonistas de la gran transformación social que viene aconteciendo en la capital peruana desde la década de los cuarenta hasta hoy (Degregori, Blondet y Lynch 1986; Golte y Adams 1987; Matos 1988).

Anita nació en 1948 en Trujillo, la capital del Departamento de La Libertad en la costa norte de Perú. Desde su lugar de origen, andino y urbano, se trasladó a Lima junto a su familia, en 1963, con quince años, asentándose en el distrito de San Martín de Porres, en un “pueblo joven” o barriada, un distrito “popular” del cono este de la Metrópoli limeña. Como tantos andinos, su asentamiento en la capital significó atravesar un proceso de “cholificación” por el que abandonaron elementos de su cultura de origen e incorporaron otros propios de la cultura “occidental criolla” que había caracterizado a Lima antes de su llegada (Quijano 1980: 87 y 63), un proceso que ya había comenzado en su ciudad de origen³. Estos “cholos” pasaron a formar parte de la “población obrera o de las capas bajas de la clase media” de Lima (Quijano 1980: 67).

Desde chica, ayudaba a sus progenitores en la venta de artesanía; su madre le enseñó a hacer labores de ganchillo que luego vendía y por las que la niña recibía una parte del dinero de la venta:

Yo digo que lo mío es nacido. Porque mi mamá era muy trabajadora y yo tenía ocho años y yo ya era negociante. Mi mamá me hacía hacer ganchillo, pisitos [adornos de mesa], servilletas... Lo vendía y me traía mi dinero y lo guardaba en una cajita. Desde los ocho años tenía mi dinero. Me acostumbré a comprar los vestidos con su rosón y de ahí me ha gustado el dinero.

Poco a poco fue aprendiendo el oficio de “negociante”. La educación que recibía de sus padres fomentaba en ella una de las cualidades andinas más notables: su laboriosidad. Ella se define por lo que fue su madre: una mujer trabajadora y está orgullosa de ello: “Tú has sido bien criada, tú eres lo que han sido tus padres, pero si los padres han sido cualquier cosa, entonces los hijos también son cualquier cosa”.

Tras celebrarse el matrimonio en 1967, Anita puso en marcha una peluquería en San Juan de Lurigancho y, con el tiempo, junto a su marido fue montando otros negocios, tales como una cebichería y una perfumería; el dinero que ganaban lo invertían en otros nuevos. Sus pequeñas empresas iban bien entonces, eran buenos tiempos. Era la época en la que Lima crecía físicamente y se transformaba, durante la década de los setenta y los ochenta, con la llegada de nuevos inmigrantes y la creación de barriadas en las

cuales sus habitantes se organizaban para urbanizar las nuevas zonas de asentamiento. Fueron los años del desarrollo del sector informal de la economía urbana, y de la gran transformación de Lima, de ciudad criolla a ciudad mestiza (Matos 1988). Según fueron llegando extendieron su asentamiento desde el centro de la ciudad hacia cada vez más la periferia, invadiendo terrenos baldíos de la ciudad, y procurando lograr el objetivo de movilidad socioeconómica que la ciudad podía permitirles, a través del autoempleo o empleados en el sector informal y la incorporación de sus hijos a la escuela pública, tratando de evitar ser “choleados” por sus pocos recursos, su barrio de residencia (barriada), su escaso manejo del castellano o su falta de formación académica.

En la década de los setenta y los ochenta Anita participaba en el club “Los Leones”, una asociación que promovía la urbanización del barrio de las Flores. Entre sus vecinos hizo muchas amistades: los compañeros de la asociación, los clientes de su peluquería y las vecinas.

Vamos a suponer: todo un barrio. De ahí salía un presidente y su conjunto para hacer obra social: manguera para regar los jardines, ventanas para los colegios. O sea, me gustaba hacer ese tipo de actividades. En mi casa he juntado ochocientas personas. Hacía muchas fiestas. Que haya bebida, comida, que “*chupen*”, me ha gustado ese tipo de actividades.

Durante esa época de bonanza, solía acudir asiduamente a los eventos sociales del barrio: desde las actividades de la asociación para recaudar fondos hasta las fiestas familiares a las que sus clientas de la peluquería la invitaban. En estas reuniones ella acudía en calidad de madrina, estableciéndose una relación de “compadrazgo” con los padres de sus ahijados (Lomnitz, 1975): un vínculo en el que se mezcla reciprocidad implícita y cierta familiaridad. En el avión que la alejaba de Lima, en 1993, se acordaba tanto de sus familiares como de sus veintitrés ahijados:

Bueno [...] estoy dejando a mis hijos, mi esposo, a mis padres, tengo veintitrés ahijados. Porque como he trabajado en una peluquería, me decían: “Señora, bautíceme a mi hijito”. La primera comunión, esto, lo otro. Pues bueno, vale. A mí me gustaba conservar al cliente por medio de... Ya. Iba. La hija, la hermana. Y yo ganaba porque su gente iba a la peluquería. Gastar, por ejemplo, veinte dólares para comprar el ajuar, como le dicen en Lima; entonces era pequeña cosa a lo que yo ganaba. Invertía. Para mí era una inversión.

Sus amigos eran sus “comadres” y “compadres”: los vecinos de su barrio, tanto los negociantes con dinero, con los que ella se identifica, como las clientas de su peluquería y sus hijos apadrinados: beber en su compañía, el “chupar” como ella lo llama, es una manera de compartir, de divertirse, de celebrar colectivamente a la manera andina. Forma parte de sus buenos recuerdos:

Me gusta comer, *tomar* con ellas, reírme, cantar, siempre me ha gustado juntarlos. Allá, cuando era mi cumpleaños, iban todos: mis compadres, mis comadres, mis ahijados. En mi casa he tenido quinientas personas. *Bueno, me daba esos gustos.*

La gran devoción de Anita por el Señor de los Milagros se remonta a su época en Lima, cuando aconteció que el Señor le concedió el milagro de llevar a buen término su primer embarazo. En agradecimiento y honra al Señor de los Milagros, tras invocar su protección y obtenerla, llamó a su primera hija Milagros. Por eso, cuando en 1995, ya en Madrid, la informaron de la existencia de la HSM de San Romualdo y la animaron a asistir a una misa en honor a la imagen, Anita se volvió asidua participante. En 1995 la hermandad ya había traído de Lima la imagen del Señor de los Milagros y estaba recabando apoyos para salir en procesión.

Tengo una hija que se llama Milagritos. Cuando iba a nacer mi hija le pedí al santo, que le iba a poner su nombre y nació mi hija y le puse. Me iban a cortar, ¿No? cosas de mujeres...

Los hermanos que componen la hermandad de San Romualdo son de procedencia diversa en lo que se refiere a su origen socioeconómico y barrial, pero tienen en común la consecución de una movilidad socioeconómica que buscaron en Lima ellos o sus padres y que se vio truncada tras la crisis de la segunda década de los ochenta en Perú. A principios de la década de los noventa, los negocios de Anita comenzaron a generar más pérdidas que ganancias; eran malos tiempos por la inflación. El dinero se iba de las manos y la gente comenzó a darles la espalda. Esta decepción la volvió desconfiada hacia los demás. En el relato de sus recuerdos de aquella época prevalece una visión de las relaciones sociales configurada por la posición económica, no por la formación académica como en el caso de otros limeños. En ese rechazo hacia su familia, los demás vecinos olvidaban sus orígenes: el acto más reprobable y más común entre los de la barriada.

En Lima era así. Cuando estás muy bien todos los compadres, las amistades, los ahijados van, pero cuando se fue a pique, se malogró el autobús de mi marido, todos [me] veían como la perra pulgosa. Todos pasaban y se hacían los que miraban para otro lado. Ahí cambió mi vida. Cuando tienes están y cuando no tienes, todos se van. Eso fue unos meses nada más, pero *la vida te enseña*.

Según cuenta Anita, parece haber aprendido en esa ocasión que los demás marcan el status social como criterio en las relaciones. En el fondo, es algo que ella también practica en Lima y lo seguirá haciendo en Madrid. En una ocasión, Josefa, su comadre del barrio, de regreso a Lima, le contó que en España se ganaba muchísimo más; es decir, que le iba muy bien económicamente. Anita explica que fue eso lo que la animó a emigrar a España, pero, en realidad, sin negocios prósperos su vida no tenía sentido en Lima: se hallaba en una posición en la que no podía mantener el reconocimiento de sus vecinos. Precisamente, antes de irse de Lima, Anita prestó dinero a Josefa para traer a su hija; al fin y al cabo, si tan bien le iba a su amiga en España, no tardaría en devolverle el préstamo.

Yo no he sido gente de dinero. No. *Clase media* ¿Me entiendes? Yo he sido *gente de ciudad*. Yo era de clase media y me gustaba relacionarme con gente que también tenía negocio, comercio. Qué sé yo. Ése era mi tipo de relación.

No faltó una amiga que era peruana, mi vecina, que estaba acá en España. Y va para Lima y me dice: “pero ¿por qué no vas a España? Sí. Porque allá, a la hora pagan veinte dólares”. Le digo: ¿sí? Yo trabajaba veinte horas allá en Lima y no sacaba como para mi persona.

En un momento tan duro como el de su partida, Anita pedía perdón a Dios, por estar abandonando a su familia y al mismo tiempo le rogaba su protección. Ella rememora su vida en Lima y en Madrid como una mezcla de buenos y malos momentos, en un relato donde están presentes su laboriosidad, su intensa vida social, su afán por recuperar el estatus económico perdido y la Providencia. Su invocación a lo divino es constante.

[En el viaje hacia España] Subí al avión y en el baño del avión me arrodillé. Decía: me voy a conocer otros países y no sé. Dios mío ¿Dónde me iré? Pues bueno, pedía perdón a Dios, de que estoy dejando a mi familia.

Cuando Anita llegó a Madrid, en 1993, su comadre Josefa la esperaba en la estación de tren. Su ahijada Rita, que emigró unos años antes, la recibió en su casa y le consiguió empleo como doméstica interna con una anciana. En Lima, Anita mantenía con Josefa y Rita una relación cercana, casi familiar. La relación con estas dos mujeres continuará hasta hoy y serán sus únicas “amigas” fuera de la hermandad. Los miembros de la hermandad serán referidos por ella en ocasiones como “amistades”.

Durante su primer año en Madrid, la vida afectiva y social de Anita giró en torno a Josefa, Rita y su hermana Flor, a la que pudo traer muy pronto gracias a sus ahorros. Anita y Flor solían ir a casa de Rita en su tiempo libre, desde el sábado por la tarde hasta el domingo; habitualmente compraban comida, la cocinaban allí, charlaban y escuchaban música. Aquellas reuniones representaban para Anita no sólo una forma de aliviar el desarraigo y la separación de familiares y amigos, sino además un gran consuelo tras el fallecimiento de su esposo al poco de venir de Lima. Anita no quería quedarse viuda para el resto de su vida; en su opinión, las mujeres han de estar en pareja. A los seis meses de su llegada a Madrid, a través de su comadre Josefa, conoció a Juan.

Juan era un amigo del novio de Josefa, viudo como Anita, oriundo de Ancash, emigrante a Lima y vecino de San Juan de Lurigancho, igual que ella, que había emigrado a España poco antes y trabajaba en la construcción. Al poco tiempo de conocerse, Anita y Juan se hicieron novios. El afán empresarial de Anita le llevó a proponer a Juan montar un negocio de “*courier*” (envíos internacionales); en ese momento, la afluencia de peruanos a Madrid era grande y la oferta de este tipo de servicios para ellos tan escasa como necesaria. Anita poseía numerosos locales y contactos en Lima y le sobraba experiencia en el oficio de vender. En 1994 decidieron arrancar el negocio: Juan lo llevaría desde España y ella desde Perú.

Según cuenta Anita, fue por motivo de los negocios que se casó con Juan, aunque en otro momento reconoce que estaba enamorada de él. Una abogada les había informado de que estar casados facilitaría la puesta en marcha de la mensajería. El matrimonio se celebró en Lima. Juan regresó a Madrid y Anita se quedó allí, junto a sus hijos. Al cabo de ochos meses, a principios de 1995, el negocio se “fue a pique” y Anita regresó a España: sus sueños de empresaria se habían hecho añicos pero al menos tenía un hombre a su lado. Sin embargo, durante los dos años siguientes estuvieron separados ya que Juan se fue a trabajar a Salamanca.

Al llegar a Madrid, Anita continuó con su empleo de doméstica interna, en la misma casa en la que había comenzado al llegar por primera vez a Madrid y en idénticas condiciones particulares: ella cuidaría día y noche a la señora mayor y a su hija invidente, sin cobrar un salario. A cambio le darían comida, alojamiento y la promesa de que cuando la anciana muriese, los familiares le cederían la propiedad de la casa. Como entonces no recibía dinero, en sus ratos libres se puso a trabajar por horas en otros sitios y con esa suma extra ayudó a su hija Milagros a emigrar. Con el tiempo Milagros logró ahorrar para comprar un piso cerca de su madre y ahora está casada con un español con el que ha tenido un hijo. Milagros no va a la hermandad y en muchas ocasiones crítica a los peruanos con los que su madre se junta, ella se siente más española que peruana.

Al cabo de un año y pocos meses de su reincorporación a esa casa, la anciana falleció. Los parientes no estaban dispuestos a cumplir el trato porque desde que había firmado el contrato laboral no habían transcurrido los dos años estipulados. Anita interpuso un juicio por incumplimiento de lo pactado, ya que si se sumaba el tiempo que había

trabajado sin contrato, antes de irse a Lima, sí alcanzaba los dos años. Al fin lo ganó y consiguió la propiedad del inmueble. Esto fue un logro muy importante para Anita frente a los demás compatriotas, que han de esperar décadas para juntar muchos ahorros y conseguir su propia casa.

Anita considera que Dios le da a uno lo bueno pero también lo malo como escarmiento, por ello uno debe arrepentirse y pedir perdón. El sufrimiento es un castigo de Dios por una mala acción o por ser uno demasiado feliz. Su yo es el Espíritu Santo que lleva dentro, su catolicismo es su devoción al Señor de los Milagros. Dios está con uno y la fe es uno mismo.

Porque tu propio yo es tu dios, tu fe lo tienes tú, tú caminas con tu yo. Creo yo. Es tu Dios. El Espíritu Santo lo tienes dentro de ti. Está contigo y eso pues nadie te va a hacer cambiar [...] Mira, yo toda mi vida he sido católica, no? O sea, mi santo ha sido el Señor de los Milagros.

O sea, que he pasado lo bueno, lo malo, lo feo, pero doy gracias a Dios que voy para arriba. [...] en el fondo, yo creo que he tenido mucha suerte. Hay veces que voy al padre, a la iglesia, y le digo: he sido muy feliz y pienso que un día Dios me castigue.

La bondad de Dios se refleja en su consecución de un piso en España. Una fuente de sufrimiento ha sido su matrimonio con Juan, tanto por sus constantes infidelidades como el mal trato que había comenzado a recibir de él en los últimos tiempos. Pero en última instancia invoca a Dios, para preguntarse qué mal pudo hacer para no haber podido encontrar un buen marido.

Pero Dios fue tan bueno que me llamaron, esta señora y me dejó el piso. A buena hora. Entonces yo tenía casa [en Madrid]

Acá, [en Madrid] sentimentalmente he sufrido que no lo deseo a nadie. Que el marido te diga: “mira, la puerta está abierta y cuando quieras puedes irte”. O sea, ¡Diosito lindo! Levantaba las manos al cielo y decía: ¡Dios mío! ¿Qué he hecho?

El ser buen cristiano es algo importante para Anita, pero no de palabra sino de corazón, de obra: ser responsable de la familia, ser buen progenitor y cónyuge. Pero también una persona ha de ser trabajadora y progresar. Anita se ve como una mujer trabajadora de clase media, a la que le gusta el progreso material y, al mismo tiempo, católica y devota del Señor de los Milagros; una mezcla de valores andinos, urbanos, criollos y occidentales.

Yo le decía [a su esposo] tu debes dar ejemplo en la hermandad, porque en la hermandad tu debes vivir bien con tu familia, tratar de llevarte bien, pedir perdón, decir: Diosito lindo, de acá me voy a arrepentir.

Tú vales por lo que eres, lo que tienes: tus sentimientos, tu dinero y tus cosas. Pero si trabajas y todo lo tiras por la ventana, por la borda, tu yo ¿qué es? No vale nada.

Su segundo esposo, Juan, no ha obrado bien ni como cristiano, por no atender a su esposa, ni como trabajador próspero, porque no ha querido mejorar en la vida: es gastador y no busca mejor empleo que el de obrero de la construcción.

Si yo hubiese seguido con ese hombre [su esposo] en cuestión de negocios, ya nos iría muy bien. Pero no, el tío no es de mejorar. Es como muy conformista: si hoy tiene, come. Si no, pues no.

Conocedor de su devoción al Señor de los Milagros, Juan animó a Rita a formar parte de la hermandad. Desde entonces ella no ha faltado a una procesión, a una misa o a las fiestas para recaudar fondos. En las últimas elecciones para la renovación de la Junta Directiva, en el año 2003, Anita ha conseguido el cargo de Jefa del Grupo de Damas. El acceso a los cargos directivos de la hermandad por parte del grupo de hermanos del que ella forma parte fue precedido, años antes, por la retirada del grupo fundador -de un estrato socioeconómico superior-. Al perder éstos su poder en la Junta Directiva se salieron de esta hermandad para fundar otra.

Su nombramiento como jefa del Grupo de Damas le supone un incremento de su prestigio entre los demás hermanos y una interacción más intensa con ellos: no sólo con las hermanas de su grupo sino también con los jefes de las cuadrillas y los directivos. Si no ha logrado satisfacciones personales por la vía de los negocios o del matrimonio, al menos las encuentra en el plano asociativo y religioso. Con los hermanos mantiene una relación familiar; son conocidos de muchos años y ella la vive de ese modo. Al referirse a ellos establece un símil con las relaciones familiares y de pareja: a veces se quieren, otras se pelean, a ratos se traicionan y luego se reconcilian. El mismo tipo de relación que ha mantenido con su esposo: cuando el cometía infidelidades se peleaban para después volver a estar juntos.

Todos tenemos virtudes y defectos, pero como la vida cotidiana es lo mismo. [En] todos los hogares se repite lo mismo: que nos queremos un rato, que luego estamos separados, que luego ya llega la mujer, que la ha sacado la vuelta [que le ha sido infiel], que se ha ido. Pero yo lo veo normal, es la vida.

Ella se identifica con los demás integrantes de la hermandad en lo que comparte con ellos su enorme devoción al Señor de los Milagros, su catolicismo y su condición de “peruanos” pero no su común procedencia limeña; aunque muchos como ella vengan de allí, no reconoce un imaginario colectivo de pertenencia a esta ciudad. A su parecer, lo que sí tienen en común es que son urbanos; “gente de ciudad”:

Gente de todos los *pueblos*, o sea, gente de la *ciudad*. La gente está repartida. No somos todos del mismo *barrio* o del mismo *sitio*, ¿no? Distintos *pueblos*. De los *barrios* altos, de Callao, de Chocica, de Trujillo, de Huacho, de Chimbote, así venimos. Juan *es de Ancash*, primero *ha venido a Lima*, vive en un Pueblo Joven.

Cuando refiere el origen geográfico de los demás hermanos, insiste en su diversidad local y equipara “pueblo” a “lugar de origen”, ya sea un barrio o una ciudad. En este sentido, el lugar de origen se convierte en un criterio de frontera social inclusivo o excluyente según el nivel de referencia. En el marco de las relaciones asociativas y de “amistad”, une la común procedencia urbana y nacional, ya sean de los diferentes barrios de Lima o de otras provincias, aunque entre las amistades de Anita no se encuentra gente de barrios céntricos, “los limeños de toda la vida”. Si se trata de los “amigos, amigos”, el origen barrial cuenta y mucho para Anita.

Todo ello les permite entenderse y compartir reuniones dentro y fuera de la hermandad. Anita acude a las fiestas de otras hermanas en sus casas y salen a bailar juntas; “se frecuentan”. Sin embargo, ella no las invita a la suya. En la relación de Anita con los miembros de la hermandad, surge el criterio de la posición social. Por un lado considera que hay que mejorar y se queja de que pocos peruanos lo intentan; por otro, a la persona que mejora le recuerda que en Lima su estatus era inferior, por lo que no puede pretender ser alguien en Madrid, no puede legitimarse. Porque si en Lima no tenía nada,

es que sus padres tampoco se lo pudieron ofrecer; la cuestión gira en torno al origen social.

[Los peruanos cuando llegan a Madrid] Cambian. Sí. Cuando tú no has sido nada en tu país y vienes a otro, crees que porque ya tienes un duro eres el rey, hay que ir y comprarse esto, esto, y cambia de personalidad. Pero el que ha tenido, igual te da. Cuando la persona nunca ha trabajado y nunca ha tenido nada, y viene acá y porque tiene algo ya cree que vale mucho. Pero no vale nada. Porque si tú naufragas y estás en el aire, no pisas tierra, no vales nada. Primero es pisar raíces, pisar suelo y ya.

Sus verdaderas amigas siguen siendo la gente de su barrio: su comadre Josefa, su ahijada Rita y su hija Milagros. Anita invita a su casa sólo a sus amigas, no a sus amistades. La frontera sutil entre amigos y amistades la marca el barrio de procedencia, su común origen.

[Entre los de la hermandad] yo he tenido amistades nada más, amigos no. Una cosa es amistad y otra cosa es amigos. Amigo es llevar a casa, estar, comer, intercambiar ideas, sacar buenos consejos, crecer, subir de formación y de todo. Pero amigo de un momento porque tomas un vino, porque sales, esos no son. Yo no tengo amigas acá. Tengo un montón de conocidas que son toda la hermandad. “Hola, ¿qué tal?” Te dice y ya está. Pero para a mi casa, son muy raras, casi ninguna. Amistades nada más.

Ya te digo que mis amigos son mis hijos [...] De repente tengo mi *amiga* que me trajo. Todavía queda algo porque vivimos en el mismo *barrio de Perú*, en una cuadra vivíamos, en una esquina.

Reconoce que amigos, amistades y, en general, sus compatriotas, “toman” demasiado. Surge una actitud ambigua con la bebida: por un lado es una forma de compartir y, por otro, su abuso conduce a la ruptura de la pareja, uno de los valores más importantes para ambos.

Mi sobrina, por ejemplo: “venga, amigas, a tomar”. Amanecida. Bulla en la casa. Que venga la policía. Yo voy, de vez en cuando. Hace dos años que ya no voy.

Y la gente de mi país, lo veo yo, les gusta *tomar*, bueno, son muy pocas las parejas que terminamos juntos, son muy pocos.

Aunque recrimina a su esposo, y al resto de sus compatriotas, su actitud poco cristiana y conformista, al menos los defiende frente los ecuatorianos, como personas de más dignidad, y a los colombianos, como más trabajadores y honrados que éstos. Anita se siente peruana y se identifica con sus connacionales, pero con aquellos que fueron emigrantes como ella, los que conquistaron Lima décadas atrás. La nacionalidad española que ha obtenido es más bien un logro material para ella, representa el poder residir de forma legal en España. Sin embargo, de momento no se plantea volver a Perú porque no podría trabajar como empresaria y, en su meta por progresar, ahora que ha conquistado Madrid, considera comparativamente que Lima es un pueblo y, al fin y al cabo, ella es de ciudad.

Todo lo mío está acá. Tengo a mi padre y mi madre [en Lima] pero ya tengo diez años acá. Ya no me gusta regresar a mi país. Cuando regreso a mi país, *yo lo quiero mucho a mi país*, pero ya no me acostumbro. [Es] como si me fuera de la ciudad a un pueblo. Yo he ido, quince días, [y estaba] contando las horas y los minutos. No. Yo ya quiero ir. [Le decían] “pero, esto, lo otro”. No. *Es que ya no me acostumbro. Extraño mi trabajo*, yo quiero estar trabajando. Acá no hago nada. ¡Uf! Qué largo se hacían los minutos y las horas.

Además sus hijos están en Madrid. Desde hace un par de años, el hijo de Anita, su nuera y su nieto también han venido a Madrid para quedarse. Viven en su casa, pagándole una renta por la habitación que ocupan. Cuando aún vivían en Lima ella viajaba más a menudo. Ahora va con menos frecuencia, a ver a sus padres y a reunirse con sus comadres del barrio. Con ellas mantiene largas conversaciones cada cierto tiempo, ahora que las tarjetas telefónicas de pre-pago abarataron la comunicación, y las invita a la fiesta que organiza cada vez que su bolsillo le permite retornar de visita a Lima.

Yo, por ejemplo, cuando voy [a Lima] me gusta juntar en mi casa a toda mi gente: a mi comadre, a mi compadre. [Les dice] “Vamos a hacer unos anticuchos o una parrillada, que hoy es mi cumpleaños”. Todos van, estamos una noche o dos noches. Todos nos divertimos [...]. Me gusta. Me gusta comer, tomar con ellas, reírme, cantar, porque en mi casa pongo música. Siempre me ha gustado juntarlos.

CONCLUSIÓN

El hecho de formar parte activa de la hermandad, ni resulta un obstáculo para la “integración” de Anita y sus compadres en la sociedad española, ni es ése el problema que aquí se plantea. A través del análisis de su vida y participación en esta asociación religiosa, se perciben los diferentes ámbitos de interacción, la multiplicidad de códigos e identificaciones que ella pone en juego según los diferentes contextos y sus propios valores a la hora de su incorporación en la sociedad receptora.

La comunidad de la que se siente parte ni es homogénea ni se halla unida, la práctica del “choleo” tan inserta en la estructuración de la sociedad limeña sigue activa en Madrid adaptada al nuevo contexto. En Lima su posición era inferior a la de los limeños del centro o de toda la vida, a la clase media criolla, sólo su condición de pequeña empresaria de barriada la posicionaba en un estrato socioeconómico mejor que el de sus vecinos, los emigrantes andinos de los pueblos jóvenes; cuando no pudo mantener ese nivel emigró a España en busca de ese estatus. Dentro de la hermandad su origen barrial no pasa desapercibido, y ella trata con los de su mismo origen –los de más nivel se han ido- pero ante ellos ha conseguido logros apreciados entre los inmigrantes con los que marca cierta distancia: la nacionalidad española, una casa en propiedad en Madrid y el mantenimiento de sus locales en Lima, aunque trabaje de empleada doméstica como muchos otros.

Al mismo tiempo, con esos hermanos comparte su común origen de barriada, la devoción al Señor de los Milagros, su creencia católica, su condición urbana en Lima y en Madrid, su origen provinciano, su nacionalidad peruana. Con ellos no comparte su escaso afán por progresar, su costumbre de “chupar”, sus prácticas poco cristianas, ni el compromiso con la hermandad que, en su caso, es mayor. Antes de emigrar a Madrid, sus valores andinos se fueron volviendo más criollos y occidentales, más bien fue conservando aquellos que son reconocidos positivamente en Lima como su catolicismo, su devoción al Señor de los Milagros, su gusto por lo urbano, el orden, el progreso y la laboriosidad entre otros, antes se proclama urbana y católica que peruana, limeña o andina.

En Madrid su transformación continúa, su proceso de incorporación se apoya en esos mismos valores que compartió con otros limeños y ahora compartiría con otros españoles de su edad: su catolicismo, su creencia en la Providencia divina y en el progreso material y su condición de ser una persona moderna, de ciudad. El vínculo tan

estrecho y cotidiano que mantiene con su hija casada con un español, representa para ella una vía de conocimiento de las prácticas culturales españolas; unos valores que contrasta con los suyos y que ella intenta conciliar. Sus hijos no sólo no forman parte de la hermandad sino que le critican en muchas ocasiones su participación.

La incorporación de Anita en la sociedad española acontece en la interacción con los demás miembros de la hermandad, con sus amigas del barrio limeño, y en el círculo más íntimo, en la relación con sus hijos quienes, emigrantes también, prefieren relacionarse con españoles antes que con peruanos, en ese ideal inculcado por su madre de afán de superación y movilidad social. Cada vez se siente más vinculada a Madrid y menos a Lima, no se plantea ya retornar a su país. Al mismo tiempo, tiene sentido para ella participar en la hermandad, porque ya era un miembro activo en otra asociación en su barrio de Lima y porque es una gran devota del Señor de los Milagros. Tampoco sorprende que la práctica asociativa peruana antes pase por la fundación de entidades tan populares en Lima como son las hermandades, antes que la creación de asociaciones políticas.

¿Podemos clasificar los valores y prácticas asociativas de Anita como peruanas o españolas? Una clasificación de este tipo poco aportaría al conocimiento de los grados y ámbitos de incorporación de estos inmigrantes limeños en Madrid. En ocasiones las categorías locales –barrial, regional- y universales –católica, urbana, moderna- diluyen la pertenencia nacional y, sobre todo, facilitan el juego de múltiples identificaciones y múltiples contextos en los que se activan.

¿Podemos concluir que estas prácticas asociativas peruanas retienen la cultura del lugar de origen o por el contrario, facilitan la aculturación o la asimilación? Desde la perspectiva de la asimilación como un proceso gradual en que perviven diferencias y similitudes, se puede afirmar que es precisamente ese el papel de las asociaciones: configuradas en torno a, y articuladoras de, identidades o intereses colectivos, estas entidades son espacios sociales que crean los inmigrantes en los que se combinan valores de su cultura de origen con otros de la sociedad receptora, donde se destacan los elementos culturales similares y se negocian las diferencias.

En la medida en que la creación de las asociaciones tiene que ver con el proceso migratorio, ¿pervivirán con la generación posterior a los que inmigraron o tendrán su ciclo de vida como apuntaba Breton (1964: 205)?. Tal vez sea pronto para especular sobre la pervivencia tanto de ellas como la de las comunidades que sustentan (Alba y Nee 1997). En cualquier caso, la revisión del concepto “asimilación” va a facilitar uno de las asignaturas pendientes de los estudios migratorios: el establecimiento de la comparación entre los viejos y los nuevos flujos migratorios. Algo que no permite ni la visión asimilacionista que antes obviaba las diferencias culturales, porque se partía de la asunción de que los inmigrantes tarde o temprano se asimilarían, ni la visión actual de la diferencia cultural como un problema político de difícil solución.

BIBLIOGRAFÍA

Alba, Richard y Victor Nee: "Rethinking Assimilation Theory for a New Era of Immigration", *International Migration Review* 31 (4), 1997. pp. 826-874.

Breton, Raymond (1964): "Institutional Completeness of Ethnic Communities and the Personal Relations of Immigrants", *The American Journal of Sociology* 70 (2), 1964. pp. 193-205.

Brubaker, Rogers: "The return of assimilation? Changing perspectives on Immigration and its Sequels in France, Germany and the United States". *Ethnic and Racial Studies* 24 (4), 2001. pp. 531-48.

Castles, Stephen y Miller, Mark: *The Age of Migration*. London, MacMillan, 1994.

Coleman, David: "Immigration Policy in Great Britain". En *Migration Policies: a Comparative Perspective*, Friedrich Heckmann. y Wolfgang Bosswick, ed. Stuttgart, Enke, 1995

Degregori, Carlos, Cecilia Blondet y Nicolas Lynch: *Conquistadores de un nuevo mundo*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1986.

De Wind, Josh y Philip Kasinitz: "Everything Old is New Again? Processes and Theories of Immigrant Incorporation", *International Migration Review* 31 (4), 1997, pp. 1096-1111.

Fuenzalida, Fernando: "Poder, Raza y Etnia en el Perú Contemporáneo". En *El indio y el poder en el Perú*. Instituto de Estudios Peruanos (ed.). Lima, Moncloa-Campodónico Editores Asociados, 1970.

Gans, Herbert: "Towards a Reconciliation of "Assimilation" and "Pluralism": The Interplay of Acculturation and Ethnic Retention", *International Migration Review* 31 (4), 1997. Pp. 875-892.

Geddes, Andrew: *Immigration and European integration: towards fortress Europe?*. Manchester, Manchester University Press, 2000.

Golte, Jurgen y Nora Adams: *Los caballos de Troya de los invasores: estrategias campesinas en la gran conquista de Lima*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1987.

Gordon, Milton: *Assimilation in American Life*. New York, Oxford University Press, 1964.

Gupta, Akhil y James Ferguson: "Beyond Culture: Space, Identity and the Politics of Difference". En *Culture, Power and Place. Explorations in Critical Anthropology*. Akhil Gupta, y James Ferguson, eds. Durham, Duke University Press, 1997.

Hoskin, Marilyn y Roy Fitzgerald: "German Immigration Policy and Politics". En *The Gatekeepers*, Michael Le May (ed.). New York, Praeger, 1989.

Kubat, Daniel: "France: Balancing Demographic and Cultural Nationalism". En *The politics of Migration Policies*, Daniel Kubat (ed.). Nueva York, Center of Migration Studies, 1993.

Layton-Henry, Zig: "British Immigration Policy and Politics". En *The Gatekeepers*, Michael Le May (ed.). New York, Praeger, 1989.

Layton-Henry, Zig: "Immigrant Associations". En *The political rights of Migrant Workers in Western Europe*, Zig Layton-Henry, ed. London, Sage Publications, 1990.

Lomnitz, Larissa Adler de: "Compadrazgo". *Cómo sobreviven los marginados*. México, Siglo XXI, 1975.

Matos, José: *Desborde popular y crisis del Estado. El nuevo rostro del Perú en la década de 1980*. Lima, CONCYTEC, 1988.

Mayer, Enrique: "Mestizo e Indio: el contexto social de las relaciones interétnicas". En *El indio y el poder en el Perú*. Instituto de Estudios Peruanos (ed.). Lima, Moncloa-Campodónico Editores Asociados, 1970.

Merino, Asunción: *Historia de los inmigrantes peruanos en España. Dinámicas de exclusión e inclusión en una Europa Globalizada*. Madrid, CSIC, 2000a.

Merino, Asunción: "Políticas de pertenencia y relaciones coloniales: la inmigración peruana en España", *Anuario de Estudios Americanos* LIX-2, 2000b 589-608.

Ministerio de Trabajo y Asuntos Social: "Tabla 7. Extranjeros con tarjeta o autorización de residencia en vigor según Comunidad Autónoma y provincia por continente y nacionalidad". En *Extranjeros con tarjeta o autorización de residencia en vigor a 30 de septiembre del 2005*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Secretaría de Estado de Inmigración y Emigración, 2005.

http://extranjeros.mtas.es/es/general/InformeEstadistico_Septiembre_2005.pdf

Moya, Jose M.: "Immigrants and Associations: A Global and Historical Perspective", *Journal of Ethnic and Migration Studies* 31 (5), 2005. Pp. 833-864.

Pérez, Gabriel: *Inmigración y redes sociales*. Tesis de doctorado. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Madrid, Universidad Complutense, 1997.

Quijano, Aníbal: *Dominación y cultura. Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú*, Lima, Mosca Azul Editores, 1980.

Rex, John: "Introduction: The Scope of a Comparative Study". En *Immigrant Associations in Europe*, John Rex, Daniel Joly y Czarina Wilpert eds. Brookfield, Gower, 1987a.

Rex, John y Sasha Josephides: "Asian and Greek Cypriot Associations and Identity". En *Immigrant Associations in Europe*, John Rex, Daniel Joly y Czarina Wilpert eds. Brookfield, Gower, 1987b.

Rumbaut, Ruben: "Assimilation and Its Discontents: Between Rhetoric and Reality", *International Migration Review* 31 (4), 1997. Pp. 923-960.

Schoeneberg, Ulrike: "Participation in Ethnic Associations: The Case of Immigrants in West Germany", *International Migration Review* XIX (3), 1989. Pp. 416-37.

Schrover, Marlou y Vermeulen, Floris: "Immigrant Organisations", *Journal of Ethnic and Migration Studies* 31 (5), 2005. Pp. 823-832.

Veredas, Sonia: "Las asociaciones de inmigrantes en España", *Revista Internacional de Sociología* 36, 2003. Pp. 207-225.

Zhou, Min: "Segmented Assimilation: Issues, Controversies, and Recent Research on the New Second Generation", *International Migration Review* 31 (4), 1997. Pp. 975-1008.

NOTAS

¹ Prueba de ello son los monográficos de este tema dedicados por varias publicaciones especializadas en el fenómeno migratorio: *International Migration Review* XIX (3) 1985; *Journal of Ethnic and Migration Studies* 30 (3) 2004; *Journal of Ethnic and Migration Studies* 31 (5) 2005.

² El 23% de los inscritos en la base de datos del consulado de Madrid no había nacido en el Departamento de Lima y el 51.5% no había nacido en la capital; sin embargo el 77% tenían su domicilio en Lima Metropolitana (que comprende los distritos de las provincias de Lima y el Callao, en el Departamento de Lima: 90% de Lima, 10% del Callao). Explotación estadística de los campos "Domicilio en Perú" "Departamento de Nacimiento" "Ciudad de Nacimiento" y "Distrito de Nacimiento" de la base consular (Merino 1999: 469). No resulta posible continuar la explotación estadística de los datos de esa base para fechas posteriores a 1999.

³ El "cholo" o "indio ex-campesino" (Mayer 1970: 120) al principio era "el indígena desarraigado de su sociedad por el trabajo migratorio estacional" (Fuenzalida 1970: 77); un joven bilingüe que no se empleaba en tareas agrícolas ni ocupaba una posición servil, presentaba una elevada movilidad social y compartía elementos tanto de la cultura indígena como de la occidental criolla (Quijano 1980: 64-65). Según quien lo emplee y en qué contexto, el término "cholo" tiene múltiples significados, peyorativos en muchos casos. En Lima se refiere a los migrantes provincianos con la connotación negativa de una persona "arribista", que aspira a un nivel social que no le corresponde por origen (Fuenzalida 1970: 79-80) y que puebla las "barriadas marginales" (Quijano 1980: 87).